

## UN SABIO CONTERTULIANO ADEMÁS DE GRAN NOVELISTA

Tuve la suerte de conocer a Carlos Casares, del que ya había leído un par de sus obras traducidas al castellano, a los pocos meses de incorporarme al Banco Pastor, en el verano de 1988, cuando él llevaba ya más de un año al frente de Editorial Galaxia, a la que estaba dando un impulso cultural muy importante. La razón de conocerle fue la siguiente. Yo tenía entonces la larga y feliz experiencia de haber sido miembro, desde 1976, de “los cocidos de Luis Zarraluqui”, una de las tertulias más interesantes que felizmente sobrevivían en Madrid, que había contado con personajes de la talla de Luis Calvo, Francisco Vega Díaz, Antonio Díaz Cañabate y Pedro Sainz Rodríguez, y que todavía contaba con Pedro Laín, que posteriormente falleció, Fernando Lázaro Carreter, Fernando Fernán Gómez, Fernando Díaz Plaja, Fernando Haro Tecglen, Antonio Mingote, Alvaro Delgado y “Cándido”, entre otros.

Se me ocurrió que quizá podría intentar organizar una tertulia parecida en Galicia y, con la ayuda decisiva de Domingo García Sabell y la colaboración de Carmen Goicoa, invitamos a varias de las personas que considerábamos como fieles representantes de la cultura en Galicia. Para mi sorpresa, nuestra invitación fue aceptada rápidamente por Ramón Piñeiro, Carlos Casares, Isaac Díaz Pardo, Andrés Torres Queiruga, Alfredo Conde y Carlos Pajares. Posteriormente se han incorporado Juan Ramón Díaz, Darío Villanueva y José Luis Barreiro. Una vez al mes, nos reuníamos en el piso que Carmela Arias me había dejado en la coruñesa plaza de María Pita y, años más tarde, trasladamos definitivamente nuestra tertulia al restaurante “La lebolina”.

Desde un principio, Carlos Casares se mostró como un extraordinario contertuliano, eso sí, en dura competencia con Domingo García Sabell. Su anecdotario era prácticamente inagotable, sus historias, aparentemente simples, tenían una elevada dosis de humor sutil y casi siempre rayaban en la ciencia-ficción, por su originalidad, por su apariencia insólita y por la forma en que las contaba. Nunca se sabía a ciencia cierta si eran inventadas o eran reales. Hablaba de personajes inauditos que él mismo decía haber conocido y que parecían sacados de una especie de “surrealismo orensano” muy propio del origen de su cuna. Sus vivencias viguesas eran también notables, mostrando siempre ese lado genuinamente caótico e inusual de muchos de sus ciudadanos, que se refleja en la configuración de su misma ciudad, pero que da origen, sin la menor duda, a esa innata fuerza creativa y emprendedora que tienen sus habitantes y que hace de Vigo la gran potencia económica de Galicia. Era siempre en la sobremesa, ya saboreando su inevitable habano, cuando empezaba a especular con sus anécdotas que, en contra de la tradición tertuliana, nunca repetía.

Otras veces, mostraba, sin darle importancia alguna, sus profundos conocimientos de la cultura universal, bien porque había conocido personalmente, en sus frecuentes viajes al extranjero, a muchos de los autores que citaba o bien porque era un lector adicto de todos los movimientos literarios que surgían en Europa y en América. Hablaba y leía varios idiomas y estaba al día de las últimas novelas de todos los escritores tanto conocidos como noveles. Eso sí, sus originales y documentadas intervenciones o citas las hacía con modestia, sin levantar la voz y sin aparente esfuerzo. Era una prueba patente de su gusto por el “understatement” británico, que tanto se echa de menos en España, pero que felizmente, todavía forma parte del acervo cultural gallego.

Recuerdo que un día le sorprendí hablándole de un extraordinario, pero no muy conocido, escritor polaco, autoexiliado en Argentina pero que falleció en Europa, Witold Gombrowicz, del que yo era un gran admirador y, que por supuesto, él también conocía y

admiraba, ya que había leído algunas de sus delirantes novelas. Desde entonces, debió de aumentar su estima por mi persona ya que, a los pocos días, me envió la colección completa de la excelente revista Grial, que con tanto mimo dirigía y que ha sido y sigue siendo para mí un fondo inagotable de conocimiento de la vasta y variada cultura y pensamiento gallegos.

El fallecimiento de Ramón Piñeiro supuso para él un enorme trauma, por la admiración y cariño que le tenía, lo que le sumió, durante una temporada, en un estado de cierta indiferencia y desinterés, que volvió a superar más tarde, mostrando de nuevo su extraordinario talento y bonhomía. Carlos se nos fue, como a él le hubiera gustado, súbitamente, sin darle importancia, como una más de sus anécdotas o de sus citas, pero dejando un profundo dolor a todos sus contertulianos que tanto le admirábamos y queríamos y un enorme hueco en la cultura gallega. Felizmente, al menos que yo sepa, Domingo García Sabell nunca se enteró de su muerte, aunque acudió varias veces más a nuestra tertulia, en la que se excusaba la ausencia de Carlos por estar de viaje. De no haber sido así, hubiera sido un trauma grave para su ya crecientemente frágil salud, otrora enormemente poderosa. Se nos ha ido nuestro querido y admirado Carlos, pero su presencia quedará imborrable entre nosotros.